

PRETEXTOS

Por Andrés HENESTROSA

somatométricos; Capítulo VI, semejanzas y divergencias entre los grupos. El tomo segundo contiene la Carta Etnográfica y las que corresponden a las características somáticas y a las divergencias tipológicas.

De acuerdo con la importancia lingüística reconocida por los censos de población, el primer grupo es el nahua, con 76,765 individuos monolingües; en segundo lugar están los totonacos con un total de 26,651 individuos; los huastecos ocupan el tercer lugar con 9,488 individuos; luego están los otomíes, con 5,100, los popolucas con 3,239 y los tepehuas con 1,667. Entre todos estos grupos se tomó por objeto del estudio antropológico un total de 3,000 individuos monolingües.

La presente obra "es el primer intento para describir los tipos humanos que habitan en determinada región o entidad, al igual de lo que se ha hecho frecuentemente con los recursos naturales, los climas, la vegetación, etc." Por otra parte, en México es tan antiguo el empeño por estudiar la población, como la necesidad que siempre han sentido sus gobernantes de conocer el material humano con que debían contar. Ya los códices prehispánicos dan cuenta de los rasgos más notables de aquellos pueblos: creencias, costumbres, etc. El Gobierno Colonial, a su vez, adoptó medidas conducentes a una mejor comprensión de sus nuevos gobernados. Pero no es sino hasta ahora cuando, mediante los recursos de la moderna ciencia antropológica, se puede llegar a un conocimiento exacto de tan compleja y amplia zona de estudio como es el Estado de Veracruz.

A. B. N.

FRANCISCO L. URQUIZO, *Tropa vieja*, Populibros. "La Prensa". México, 1955.

Tropa vieja es una "novela de la revolución" que compendia varios episodios de guerra, que tienen lugar en México, Monterrey, Torreón, Veracruz y en algunos otros pueblos, allá por el año de 1910. Es un testimonio de carácter autobiográfico, relato en primera persona, que alcanza la espontaneidad de expresión de un testigo poco contaminado por la cultura: Espiridión Sifuentes. El lenguaje popular que usa contribuye a la verosimilitud de lo que relata. Localismos, modismos, refranes, dan un matiz peculiar a la novela; la ironía, más que un recurso retórico, es un signo esencial del humor del pueblo ante la muerte y, de

Conocí a María Izquierdo hace muchos años, cuando acababa de llegar a la ciudad de México, o por lo menos así me lo parecía. Por el rumbo de la Escuela de Medicina, ya para llegar a la calle de Colombia, vivía en un último piso. Alguno me llevó a su casa, una casita mexicana, adornada con juguetes, bolas de cristal, trastos, retablos, idólos femeninos, entre los que María destacaba como una hermana mayor. Otras veces la encontraba por calles y mercados, vistiendo sus ropas de tonos encendidos, tocada con grandes rollos de listones colorados, azules y verdes, en un alarde ornamental que su seguro instinto pueblerino sabía equilibrar. Parecía que pasaba por nuestro lado un trozo de campo, un gajo de provincia, una ráfaga municipal. Entonces fue cuando empezó a pintar, cuando se atrevió por los caminos de la pintura, con tembloroso andar, con mano zozobante, con frente febril. No pudo, como no puede nadie que empieza, hacer las cosas por sí misma, decirlas con palabras propias; como lo ha dicho Pablo Neruda de sus orígenes literarios, voces ajenas mezclaban sus sílabas en su voz, pero ya desde entonces había en su mensaje algo que no podía ser sino propio: la entonación, el acento lejano y misterioso, como venido del fondo de nuestro pasado indígena. Y como los años no pasan en vano, ni la vida pasa sin dejar rastro, muy pronto María Izquierdo encontró su palabra, su expresión, la voz que la distingue en el coro de la pintura mexicana. La primera exposición de sus obras —ahora 25 años— tuvo las trazas de una revelación. Diego Rivera la saludó y le dio la bienvenida con entusiasmo: el arte pictórico mexicano se enriquecía con un nuevo nombre, con una obra que por donde quiera que se viera transcendía un hábito natal, de raza y de terruño. Tenía, y tiene su pintura, los colores, la fisonomía y la sencillez de las cosas cotidianas, el primor de las cosas mínimas y familiares que en fuerza de su frecuencia en nuestro trato pasan inadvertidas. María Izquierdo con un ánimo que se dijera fraterno, se inclina y las levanta, y las traslada a sus lienzos amasadas con una suerte de ternura y hermandad que impulsa a los temas a entregar su jugo escondido y remoto. Unas frutas, unos cacharros, unas flores, un rostro de niña, una figura animal, son puntos de partida propicios para María Izquierdo: eso le basta, como es común a los artistas verdaderos, para realizar una obra cabal, de esas que no corrige el tiempo ni enmienda la casualidad. Y ahí quedan, colgados en el muro del tiempo, a espaldas de la muerte y del olvido, algunos de los cuadros en que esta gran pintora logró aprisionar una manera de nuestro ser sin tiempo.

Un día, el menos esperado, María Izquierdo fue atacada de una cruel enfermedad, que ahora acaba de matarla. Herida, sin manos para empuñar los instrumentos de trabajo, no dejó sin embargo de pintar. Con los pinceles amarrados a la mano izquierda volvió a la pintura, ya su solo deleite. Como desde una colina alta y despejada contempló en los últimos años las estaciones recorridas en el herido tránsito, y sin dejarse invadir de tristezas, alcanzó la dolorosa certeza de que no vivió en vano y de que no hizo un mal empleo de su genio de artista íntegra y verdadera.

Las reticencias del mexicano para expresarse.

El mundo de *Tropa vieja* no es apacible, en primer término presenta el cuartel, engranaje sin remedio en el que los oficiales, las ruedas grandes, se ensañan contra los soldados, las ruedas chicas; mientras, en la calle, ricos y pobres entablan una lucha sin tregua por sus intereses económicos; al fin, todo se resuelve en el indeciso

horizonte de los campos de guerra.

El personaje principal, muy bien caracterizado, es el con sabido Espiridión Sifuentes. De los otros, soldados, oficiales, rancheros y hacendados, ninguno alcanza categoría suficiente para alternar con el narrador en un mismo plano. Están bien encuadrados en su marco social; pero nunca salen de su condición secundaria;

algunos son olvidados en el transcurso de la acción; otros se anuncian; pero no aparecen en escena; ciertos personajes históricos, de la vida real, en su tránsito por las páginas de la novela prestan un mayor viso de verosimilitud a estos episodios.

La trama más que psicológica es social y, aunque no muy fuerte, opera con eficacia dentro de los planes creadores del novelista. La estructura es abierta, tradicional; la cadena de sucesos se desenvuelve con orden dentro del tiempo. La acción exterior predomina sobre la interior; la actividad psíquica de los personajes no empaña la objetividad de los sucesos.

La parte descriptiva es la más bien lograda. Urquiza es ante todo un buen narrador que combina realidad y fantasía con destreza. La descripción minuciosa de la rutina del cuartel, aunque prolija, proporciona todo un ritmo vital, monótono y trágico. Por otra parte, es difícil que sea superada la descripción del acelerado ritmo emotivo de sus batallas, en especial la toma de Torreón por los maderistas.

El temple de ánimo que embarga *Tropa vieja* es entre adusto y jovial, como una sonrisa que se le arranca al dolor. El característico juego del pueblo mexicano con la muerte está aquí presente casi en todo momento, y se traduce en el cinismo de un hombre medio primitivo, Espiridión Sifuentes, quien se burla de los valores, y luego, se entrega a un "monólogo interior" que se abisma en las profundidades del ser y late al unísono del pulso, que arrastra las palabras y tartamudea, que repite los vocablos con un eco de tristeza y los apoya unos en otros, como si buscara a tientas un camino en la noche. *Tropa vieja* goza de un realismo escéptico-optimista, su espectáculo es sombrío; pero no deprimente. Y al final, hay una esperanza, si bien remota, de que terminarán alguna vez los sufrimientos de los pobres. Las simpatías del autor están con los que sufren, con los soldados y los campesinos; pero como testigo imparcial dice lo que ve, no adorna a ninguno con virtudes ficticias, pues sus personajes están inspirados en hombres de carne y hueso.

C. V.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, "Cuentos y otras Páginas". Selección de Ana María Sánchez. Biblioteca Mínima Mexicana, Vol. 19. México, 1955. 128 pp.

Ciertamente no es un favor el que se le hace al poeta En-